

**Landesbibliothek Oldenburg**

**Digitalisierung von Drucken**

**Vida Y Hechos Del Ingenioso Hidalgo Don Quixote De La Mancha**

En Quatro Tomos

**Cervantes Saavedra, Miguel de**

**Londres, 1738**

Capitulo XXIII. De las admirables cosas que el estremado Don Quixote conto, que avia visto en la profunda cueva de Montefinos, cuya imposibilidad, y grandeza haze que se tenga esta aventura por ...

**urn:nbn:de:gbv:45:1-1659**

## CAPITULO XXIII.

*De las admirables cosas que el estremado Don Quixote contò, que avia visto en la profunda cuèva de Montefinos, cuya impossibilidad, y grandexa haze que se tenga esta aventura por apòcrifa.*

LAS quatro de la tarde serian, quando el Sol entre nubes cubièrto, con luz escafa, y templados rayos diò lugar à Don Quixote, para que sin calor, y pesadumbre contàsse à sus dos clarissimos oyèntes lo que en la cuèva de Montefinos avia visto; y començò en el modo siguiente.

A obra de doze, ò catorze estados de la profundidàd desta mazmorra à la derècha mano se haze una concavidàd, y espacio capaz de podèr cabèr en ella un gran carro con sus mulas. Entrale una pequeña luz por unos resquizios, ò agujeros, que lexos le responden abiertos en la superficie de la tierra. Esta concavidàd, y espacio vi yo à tiempo quando ya iba cansado, y mohino de verme pendiente, y colgado de la foga, caminar por aquella escura region abaxo sin llevar cierto, ni determinado camino; y assi determinè entrarme en ella, y descansar un poco. Di voces pidièndoos, que no descolgàsdes mas foga hasta que yo os lo dixèsse, pero no devistes de oyrme. Fuy recogiendo la foga que embiàvades; y haziendo della una rosca, ò rimero, me sentè sobre èl, pensativo ademas, considerando lo que hazèr devia para calar al fondo, no teniendo

niendo quièn me sustentàsse: Y estàndo en este pensamiènto, y confusiòn, de repente, y sin procuràrlo, me saltè un Sueño profundissimo; y quàndo menos lo pensàva, sin sabèr como, ni como no, despertè dèl, y me hallè en la mitad del mas bello, amèno, y deleytoso prado, que puede criàr la naturaleza, ni imaginàr la mas discreta imaginacion humana. Despavilè los ojos, limpièmelos, y vi que no dormìa, fino que realmènte estàva despièrto: Con todo esto me tentè la cabeça, y los pechos por certificàrme, si era yo mismo el que allì estàva, ó alguna fantasma vana y contrahècha; pero el tacto, el sentimiènto, los discursos concertàdos que entre mi hazìa, me certificàron, que yo era allì entonces, el que sòy aquì aora. Ofreciòfeme luego à la vista un real, y sumptuoso palacio, ó alcaçar, cuyos muros, y parèdes parecian de transparente, y claro cristal fabricàdos; del qual, abrièndose dos grandes puertas, vi, que por ellas salìa, y hàzia mi se venìa un veneràble anciano vestido con un capuz de bayeta moràda, que por el suèlo le arrastràva. Ceñiale los ombros, y los pechos una beca colegial de raso verde: Cubriale la cabeça una gorra milanèsa negra; y la barba canissima le pasàva de la cintura: No traìa arma ninguna, fino un rosario de cuentas en la mano, mayores que medianas nuezes, y los diezes como huèvos medianos de Avestrùz; y el continènte, el passo, la gravedad, y la anchissima presència, cada cosa de por si, y todas juntas, me suspendièron, y admiràron. Llegòse à mi, y lo primero que hizo fuè, abraçàrme estrechamènte, y luego dezirme: Luengos tiempos hà, valeroso Cavallèro Don Quixote de la Mancha, que los que estàmos



en estas soledades encerrados, y encantados esperamos verte, para que des noticia al mundo de lo que encierra, y cubre la profunda cueva por donde has entrado, llamada la cueva de Montefinos: Hazaña solo guardada para ser acometida de tu invencible coraçon, y de tu animo estupendo. Ven conmigo, Señor clarissimo, que te quiero mostrar las maravillas, que este transparente alcaçar solapa, de quien yo soy Alcayde, y guarda mayor perpetua, porque soy el mismo Montefinos de quien la cueva toma nombre. A penas me dixo que era Montefinos, quando le preguntè, si fuè verdàd lo que en el mundo de acà arriba se contava, que el avia sacado de la mitad del pecho con una pequeña daga el coraçon de su grande amigo Durandarte, y llevàdole à la Señora Belerma, como el se lo mandò al punto de su muerte? Respondiòme, que en todo dezian verdàd, fino en la daga; porque no fuè daga, ni pequeña, fino un puñal buydo, mas agudo que una Lezna.

DE VIA de sèr, dixo à este punto Sancho, el tal puñal de Ramon de Hozes el Sevillano. No sè, prosiguiò Don Quixote, pero no sería de esse puñalero, porque Ramon de Hozes fuè ayer; y lo de Ronzesvalles, donde aconteciò esta desgracia, hà muchos años; y esta averiguacion no es de importancia; ni turba, ni altera la verdàd, y contesto de la història. Assi es, respondiò el primo: prosiga vueſſa mercèd, Señor Don Quixote, que le escùcho con el mayor gusto del mundo. No con menor lo cuento yo, respondiò Don Quixote, y assi digo.

QUE el venerable Montefinos me metiò en el cristalino palacio, donde en una sala baxa, fresquissima sobre modo,

Y

y toda de alabastro, estàva un sepùlcro de marmol con gran maestrìa fabricado, sobre el qual vi à un Cavallero tendido de largo à largo, no de bronze, ni de marmol, ni de Jaspe hecho, como los fuele avèr en otros sepùlcros, fino de pura carne, y de puros huèfos. Tenìa la mano derecha (que à mi parecer es algo pelùda, y nervosa: Señal de tenèr muchas fuerças fu dueño) puesta sobre el lado del coraçon; y antes que preguntàsse nada à Montefinos, vièndome suspènsò mirando al del sepùlcro me dixo: Este es mi amigo Durandarte, flor, y espejo de los Cavalleros enamorados, y valientes de su tiempo: Tiènele aquí encantado, como me tiene à mi, y à otros muchos, y muchas, Merlin, aquel frances encantador, que dizen, que fuè hijo del diablo; y lo que creo es, que no fuè hijo del diablo, fino que supo, como dizen, un punto mas que el diablo. El como, ò para que nos encantò, nadie lo sabe; y ello dirà andando los tiempos, que no estàn muy lexos, segun imagino. Lo que à mi me admira es, que sè tan cierto, como aora es de dia, que Durandarte acabò los de su vida en mis braços, y que despues de muerto, le saquè el coraçon con mis propias manos; y en verdàd que devìa de pesàr dos libras, porque segun los naturales el que tiene mayor coraçon, es dotado de mayor valentia, del que le tiene pequeño. Pues sièndo esto assì, y que realmente murió este Cavallero, (dixe Yo) como aora se quèxa, y suspira de quando en quando, como si estuvièsse vivo? Esto dicho, el misero Durandarte, dando una gran voz, dixo: O mi primo Montefinos! lo postrero que yo os roguè fuè, que quando yo fuère muerto, y mi anima arrancada, que llevàrades mi coraçon adonde Belerma



estàva, facàndomele del pecho yà cón puñal, yà con daga. Oyèndo lo qual el veneràble Montefinos, se pùso de rodillas ante el lastimàdo Cavallèro, y con làgrimas en los ojos le dixo: Yà Señor Durandarte, carissimo primo mio, yà hize lo que me mandàstes, en el aziago dia de nuestra pèrdida, yo os saquè el coraçon lo mejor que pùde, sin que os dexàsse una mínima parte en el pecho; yo le limpiè con un pañiçuelo de puntas; yo partì con èl de carrera para Francia, avièndoos prìmero puesto en el seno de la tierra con tantas làgrimas, que fuèron bastantes à lavàrme las manos, y limpiàrme con ellas la fangre que tenian de avèros andado en las entrañas: Y por mas señas, primo de mi alma, en el primero lugar que topè salièndo de Ronzevalles, echè un poco de sal en vuestro coraçon, porque no olièsse mal, y fuèsse, fino fresco, alomènos amojamàdo à la presència de la Señora Belerma, à la qual con vos, y conmigo, y con Guadiana vuestro escudèro, y con la dueña Ruydera, y sus siete hijas, y dos sobrinas, y con otros muchos de vuestros conocidos y amigos, nos tiene aquí encantàdos el fabio Merlin hà muchos años; y aunque passan de quinientos, no se ha muerto ninguno de nosotros: Solamènte faltan Ruydera, y sus hijas, y sobrinas, las quales lloràndo (por compassion que deviò de tenèr Merlin dellas) las convirtiò en otras tantas lagunas, que aora en el mundo de los vivos, y en la provincia de la Mancha las llaman las lagunas de Ruydera: Las siete son de los Reyes de España, y las dos sobrinas de los Cavallèros de una orden fantissima, que llaman de San Juan, Guadiana vuestro escudèro, plañendo assì mesmo vuestra  
def-

desgracia, fuè convertido en un rio llamàdo de su mesmo nombre ; el qual, quando llegò à la superficie de la tierra, y viò el sol del otro Cielo, fuè tanto el pesar que sintiò de ver, que os dexàva, que se sumergiò en las entrañas de la tierra ; pero como no es possible dexar de acudir à su natural corriente, de quando en quando sale, y se muestra donde el sol, y las gentes le vean. Vanle administrando de sus aguas las referidas lagunas, con las quales, y con otras muchas que se llegan, entra pomposo, y grande en Portugal : Pero con todo esto por donde quiera que va, muestra su tristeza, y melancolia, y no se precia de criar en sus aguas pezes regalados, y de estima, sino burdos, y deslabridos, bien diferentes de los del Tajo dorado. Y esto que aora os digo, ô primo mio, os lo he dicho muchas vezes, y como no me respondèys, imagino, que no me days crédito, ò no me oys ; de lo que yo recibo tanta pena, qual Dios lo sabe. Unas nuevas os quiero dar aora, las quales, ya que no firvan de alivio à vuestro dolor, no os le aumentaran en ninguna manera. Sabed que tenèys aqui en vuestra presencia (y abrid los ojos, y verèyslo) aquel gran Cavallero, de quien tantas cosas tiene profetizadas el Sabio Merlin ; aquel Don Quixote de la Mancha, digo, que de nuevo, y con mayores ventajas que en los passados siglos, hà resucitado en los presentes, la ya olvidada andante Cavalleria, por cuyo medio, y favor podria ser, que nosotros fuèssemos desencantados ; que las grandes hazañas por los grandes hombres estàn guardadas. Y quando assi no sea, respondiò el lastimado Durandarte con voz desmayada, y baxa ; quando assi no sea, ô primo, digo, paciencia,

ciencia, y barajar: Y bolviéndose de lado, tornò à fu acoftumbràdo filencio fin hablàr mas palabra. Oyèronfe en efto grandes alaridos, y llantos acompañados de profundos gemidos, y anguftiados follòços: Bolvi la cabeça, y vi por las paredes de cristal, que por otra fala pafsava una Proceffion de dos hilèras de hermoſiſſimas donzellas, todas veſtidas de luto con turbantes blancos ſobre las cabeças, al modo turqueſco: Al cabo, y fin de las hilèras venia una Señora (que en la gravedad lo parecia) aſſi miſmo veſtida de negro con tocas blancas tan tendidas, y largas, que beſavàn la tierra: Su turbante era mayor dos vezes, que el mayor de alguna de las otras: Era cexijunta, y la nariz algo chata; la boca grande, pero colorados los labios; los dientes, que tal vez los descubria, moſtravàn fer ralos, y no bien pueſtos, aunque eran blancos como unas peladas almendras. Traia en las manos un lienço delgado, y entre èl, à lo que pude diviſar, un coraçon de carne momia, ſegun venia ſeco, y amojamado. Dixome Montefinos, como toda aquella gente de la proceffion eran firvientes de Durandarte, y Belerma, que allí con fus doſeñores eſtavàn encantados, y que la ultima que traia el coraçon entre el lienço y en las manos, era la Señora Belerma, la qual con fus donzellas quatro dias en la ſemana hazian aquella proceffion, y cantavan, ò por mejor dezir, lloravan endechas ſobre el cuerpo, y ſobre el laſtimado coraçon de ſu primo; y que ſi me avia parecido algo fea, ò no tan hermoſa como tenia la fama, era la cauſa las malas noches, y peores dias, que en aquel encantamiento pafsava, como lo podia ver en ſus grandes ojeras, y en ſu color

color quebradiza; y no toma ocasion su amarillez, y sus ojeras de estar con el mal mensil ordinario en las mugeres (porque ha muchos meses, y aun años, que no le tiene, ni assoma por sus puertas) fino del dolor que siente su coraçon por el que de continuo tiene en las manos, que le renueva, y trae à la memoria la desgracia de su mal logrado amante; que si esto no fuera, apenas la igualara en hermosura, donayre, y brio la gran Dulcinèa del Toboso, tan celebrada en todos estos contornos, y aun en todo el mundo. Cepos quedos, dixè yo entonces, Señor Don Montefinos, cuente vuestra merced su historia como deve, que ya sabe, que toda comparacion es odiosa; y assi no ay para que comparàr à nadie con nadie. La fin par Dulcinèa del Toboso es quien es, y la Señora Doña Belerma es quien es, y quien hà fido; y quèdese aqui. A lo que el me respondiò: Señor Don Quixote perdòneme vuestra merced, que yo confieso, que anduve mal, y no dixè bien en dezir, que apenas igualara la Señora Dulcinea à la Señora Belerma; pues me bastava à mi avèr entendido por no sè que barruntos, que vuestra merced es su cavallero, para que me mordièra la lengua antes de compararla, fino con el mismo Cielo. Con esta satisfacion que me diò el gran Montefinos, se quietò mi coraçon del sobrefalto que recibì en oyr que à mi Señora la comparavan con Belerma. Y aun me maravillo yo, dixò Sancho, de como vuestra merced no se subìò sobre el vejote, y le moliò à cozes todos los huessos, y le pelò las barbas sin dexarle pelo en ellas. No, Sancho amigo, respondiò Don Quixote, no me estava à mi bien hazèr esso, porque estamos todos obligados à  
tenèr



tenèr respeto à los anciànos, aunque no sèan cavallèros, y principalmènte à los que lo son, y estàn encantàdos. Yo sè bien que no nos quedàmos à devèr nada en otras muchas demandas, y respuestas que entre los dos pasàmos.

A esta fazon dixo el primo: Yo no sè, Señor Don Quixote, como vueffa mercèd en tan poco espacio de tiempo, como hà que està allà baxo, aya visto tantas cosas, y hablàdo, y respondiò tanto? Quanto hà que baxè? preguntò Don Quixote. Poco mas de una hora, respondiò Sancho. Eflo no puede sèr, replico Don Quixote, porque allà me anochechiò, y amaneciò, y tornò à anohecèr, y amanecèr tres vezes, de modo que à mi cuenta tres dias he estàdo en aquellas partes remotas, y escondidas à la vista nuestra. Verdàd deve de dezir mi Señor, dixo Sancho; que como todas las cosas que le han fucedido, son por encantamiènto, quiçà lo que à nosotros nos parece una hora, deve de parecèr allà tres dias con sus noches. Assi ferà, respondiò Don Quixote. Y ha comido vueffa mercèd en todo esse tiempo, Señor mio? preguntò el primo. No me hè defayunàdo de bocado, respondiò Don Quixote, ni aun hè tenido hambre, ni por pensamiènto. Y los encantàdos comen? dixo el primo. No comen, respondiò Don Quixote, ni tiènen escremèntos mayores, aunque es opinion, que les crecen las uñas, las barbas, y los cabellos. Y duèrmen por ventura los encantados, Señor? preguntò Sancho. No por cierto, respondiò Don Quixote, alomènos en estos tres dias, que yo hè estàdo con ellos, ninguno ha pegado el ojo, ni yo tampoco. Aquí encàxa bien el refran, dixo Sancho, de; *Dime con quièn andas, y dexirte he quièn*

*quièn eres.* Andàse vueſſa mercèd con encantàdos ayùnos, y vigilàntes; miràd ſi es mucho, que ni coma, ni duërma mientras con ellos anduvière? Pero perdòneme vueſſa mercèd, Señor mio, ſi le digo, que de todo quanto aquí hà dicho, llèveme Dios (que iva à dezir el Diablo) ſi yo crèo coſa alguna. Como no? dixo el primo: Pues avia de mentir el Señor Don Quixote? Cierto aunque quiſièra, no ha tenido lugar para componer, è imaginàr tanto millon de mentiras. Yo no crèo, que mi Señor miente, respondiò Sancho. Sino, que creès? le preguntò Don Quixote. Crèo, respondiò Sancho, que aquel Merlin, ó aquellos encantadores, que encantaron à toda la chùſma, que vueſſa mercèd dize que hà viſto, y comunicàdo allà baxo, le encaxaron en el magin, ó en la memoria toda eſſa màquina que nos hà contàdo, y todo aquello que por contar le quèda. Todo eſſo pudièra sèr, Sancho, replicò Don Quixote; pero no es aſſi, porque lo que hè contàdo, lo vi por mis propios ojos, y lo toquè con mis miſmas manos: Pero que diràs quando te diga yo aora, como entre otras infinitas coſas, y maravillas que me moſtrò Montefinos (las quales de eſpacio, y à ſus tiempos te las irè contando en el diſcurſo de nueſtro viage, por no sèr todas deſte lugar) me moſtrò tres labradoras, que por aquellos ameniſſimos campos ivan faltàndo, y brincàndo como cabras; y apenas las hùve viſto, quando conocì sèr la una la ſin par Dulcinèa del Tobòſo, y las otras dos aquellas miſmas labradoras, que venian con ella, que hablàmos a la ſalida del Tobòſo. Preguntè à Montefinos, ſi las conocia? Respondiòme que no, pero que el imaginàva, que devian de sèr algunas Señoras principales encantadas, que pocos dias

T O M. III.

F f

avia,



avía, que en aquellos prados avian parecido; y que no me maravillàsse desto, porque alli estavan otras muchas Señoras de los pasados, y presentes Siglos encantadas en diferentes, y estrañas figuras, entre las quales conocia el à la Reyna Ginebra, y fu dueña Quintañoa escanciando el vino à Lançarote, quando de Bretaña vino.

QUANDO Sancho Pança oyò dezir esto à su amo, pensò perder el Juyzio, ó morirse de risa; que como el sabia la verdad del fingido encanto de Dulcinèa, de quien el avia fido el encantador, y el levantador de tal Testimonio, acabò de conocer indubitablemente, que su Señor estava fuera de Juyzio, y loco de todo punto; y assi le dixo: En mala coyuntura, y en peor fazon, y en aziago dia baxò vuestra merced, caro Patron mio, al otro mundo; y en mal punto se encontrò con el Señor Montefinos, que tal nos le hà buuelto. Bien se estava vuestra merced acá arriba con su entero Juyzio, tal qual Dios se le avia dado, hablando sentencias, y dando consejos à cada passo; y no aora contando los mayores disparates, que pueden imaginarse. Como te conozco, Sancho, respondiò Don Quixote, no hago caso de tus palabras. Ni yo tampoco de las de vuestra merced, replicò Sancho, si quiera me hièra, si quiera me mate por las que le hè dicho, ó por las que le pienso dezir, si en las tuyas no se corrige, y enmienda. Pero dígame vuestra merced aora que estamos en paz: Como, ó en que conocì à la Señora nuestra ama: Y si la hablò, que dixo, y que le respondiò? Conocila, respondiò Don Quixote, en que tràe los mesmos vestidos que traìa, quando tu me la mostraste: Hablèla, pero no me respondiò palabra, antes  
me



*Jn. Vanderbank inv. et delin.*  
Vol. 3. p. 218.

*Ger. Vanderhucht sculp.*  
37

LANDES-  
BIBLIOTHEK  
OLDENBURG



me bolviò las espaldas, y se fuè huyendo con tanta prièssa, que no la alcançara una xara: Quise seguirla, y lo hiziera, fino me aconsejara Montefinos, que no me cansasse en ello, porque feria en balde; y mas porque se llegava la hora donde me convenia bolver à salir de la fima. Dixome assi mismo, que andando el tiempo se me darìa aviso, como avian de ser desencantados el, y Belerma y Durandarte, con todos los que allì estavan; pero lo que mas pena me diò de lo que allì vi, y notè fuè, que estandome diziendo Montefinos estas razones, se llegò à mi por un lado, fin que yo la viesse venir, una de las dos compañeras de la fin ventura Dulcinèa; y llenos los ojos de lagrimas, con turbada, y baxa voz me dixo: Mi Señora Dulcinèa del Toboso besa à vuestra merced las manos, y suplica à vuestra merced, se la haga de hazerle saber como està; y que por està en una gran necesidad, assi mismo suplica à vuestra merced quan encarecidamente puede, seà servido de prestarle sobre este faldellin, que aqui traygo de cotonia nuevo, media dozena de reales, ò los que vuestra merced tuviere, que ella dà su palabra de bolverelos con mucha brevedad. Suspendiome, y admirome el tal recado, y bolviendome al Señor Montefinos, le preguntè: Es possible, Señor Montefinos, que los encantados principales padecen necesidad? A lo que el me respondiò: Crèame vuestra merced, Señor Don Quixote de la Mancha, que esta, que llaman necesidad, adonde quiera se ùsa, y por todo se estiende, y à todos alcança, y aun hasta à los encantados no perdona; y pues la Señora Dulcinèa del Toboso embia à pedir estos seys reales, y la prenda es buena segun parece, no ay fino darselos, que



fin duda deve de està puesta en algun grande aprieto. Prenda no la tomarè yo, le respondi; ni menos le darè lo que pide, porque no tengo fino solos quatro reales, los quales le di, que fuèron los que tu, Sancho, me diste el otro dia, para dar limosna à los pobres que topàsse por los caminos, y le dixè: Dezid, amiga mia, à vuestra Señora, que à mi me pesa en el alma de sus trabajos, y que quisièra sèr un Fucàr para remediàrlos; y que le hago sabèr, que yo no puèdo, ni devo tenèr salùd, carecièndo de su agradable vista, y discreta conversacion; y que le suplico quan encarecidamènte puèdo, sèa servida su mercèd de dexarse vèr, y tratàr deste su cautivo fervidor, y assendereàdo Cavallèro. Dirèysle tambien, que quando menos se lo piense, oyrà dezir, como yo hè hecho un Juramèto, y voto (à modo de aquel que hizo el Marques de Mantua de vengàr à su Sobrino Baldovinos quando le hallò para espiràr en mitad de la montaña) que fuè, de no comèr pan à manteles, con las otras Zarandajas, que alli añadiò, hasta vengàrle: Y assi le harè yo de no fossègàr, y de andàr las siete partidas del mundo con mas puntualidad, que las anduvo el Infante Don Pedro de Portugal, hasta defencantàr la. Todo esto y mas deve vueffa mercèd à mi Señora, me respondiò la donzella; y tomàndo los quatro reales, en lugar de hazèrme una reverencia, hizo una cabriòla, que se levantò dos varas de medir en el ayre. O Santo Dios, dixo à este tiempo, dando una gran voz, Sancho! Es possible que tal ày en el mundo, y que tengan en èl tanta fuerça los encantadòres, y encantamiètos, que ayan trocàdo el buen Juyzio de mi Señor en una tan disparatàda locura? O Señor, Señor! por quièn Dios es, que vueffa mercèd  
mirè